

tamoanchán

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP

Cuernavaca, Mor. a 13 de Febrero de 1994 Director General: Efraín E. Pacheco Cedillo Época III Tomo III! No. 244

EDITORIAL

Heladio Rafael Gutiérrez Yañez

Vivimos tiempos apesurados cuyos acontecimientos se ven multiplicados por la tecnología de la información, en Chiapas nos jugamos parte importante de nuestro futuro; la temperatura electoral sube mientras aparecen en los foros la discordante multiplicidad de intereses que a ratos se convierte en alabanza; crece nuestra población al ritmo de los contaminantes; nuevas instituciones "auditoras" parecen confirmar niveles de corrupción del poder; nuestras camisetas se empapan de sudor en nuestro diario ejercicio para equilibrar nuestro salario con lo que nos cuenta vivir; por si fuera poca la basura de las barrancas tenemos la basura propagandística política de la propaganda, aún en los monumentos históricos; el testimonio más claro de nuestra desorganización social es el caos urbano que provocan los transportes. Entre todo esto, como dejar

de recordar que nuestro buen padre, hermano, hijo, amigo Don Sergio, cumplió dos años de su partida hacia el Padre común: sus advertencias acerca de los peligros de quienes tienen tiempo para acecharnos, porque todo lo tienen, cada día son más actuales.

En el Tamoanchan de esta semana presentamos la segunda parte de "Exploración de la cueva conocida como: Ixtatitla, en el pueblo de San Juan Tlacotenco, del municipio de Tepoztlán. Ante la incertidumbre del tiempo que se avecina, nos aferramos a nuestras raíces para que el vendaval de las invasiones culturales no arranque de cuajo nuestra identidad nacional, regional y local; es una vacuna de resistencia ante el avasallamiento de los "Morelitos" y su pretensión de civilizar nuestra cultura.

Exploración de la cueva conocida como: Ixtatitla (Segunda Parte)



EQUIPO DE rescate de los materiales arqueológicos de la cueva de Chimalacatepec, San Juan Tlacotenco. (Foto: Archivo de Arqueología)

Cueva de Chimalacatepec, San Juan Tlacotenco, Tepoztlán

Eleazar Zúñiga Valladares

San Juan Tlacotenco se encuentra al norte del municipio de Tepoztlán, Morelos. Sus habitantes se caracterizan por conservar costumbre mestizas que hasta la fecha persisten. Ha sido también un pueblo marginado y explotado por su propia gente, ya que la producción del nopal en su mayoría sólo beneficia a un grupo reducido. Además de que por mucho tiempo careció de los servicios más elementales como son agua, luz, servicio médico, escuelas y carretera.

Sus principales fuentes de ingreso son: el nopal, el

carbón, los hongos y anteriormente también la madera.

Han sufrido humillaciones como la destrucción de sus santos; por lo tanto el rescate de las piezas prehispánicas, "ofrendas", significa un hecho importante no sólo para el INAH sino también para el pueblo de San Juan Tlacotenco.

Mi experiencia en el rescate de estas piezas es inolvidable porque nunca había participado en algo parecido, tomando en cuenta lo difícil que resultó para mí el entrar y salir de la cueva, pero más todavía escalar el tiro aún con la ayuda de los expertos; juré que no regresaría jamás,

pero al paso de los días propios nervios y el miedo que me provoca la altura.

La segunda participación fue en un 50% más fácil, ya que se contó con equipos más propio para principiantes. Esta experiencia me hace reflexionar en cuanto al peligro que encierra este tipo de cuevas tan profundas, en las cuales entrar en grupos reducidos y sin equipo adecuado resulta imposible. Por lo tanto, ha despertado en mí un interés por conocer un poco más del misterio de las entrañas de la tierra.

Cueva o gruta de Chimalacatepec en San Juan Tlacotenco

(Crónica de mi segunda experiencia en el mundo fascinante de la Espeleología)

Enrique Hurtado Ortiz

Mi entusiasmo o expectativa comenzó hace unos días cuando la señora Tere (coordinadora del Taller de Restauración) nos informó de un hallazgo arqueológico en San Juan Tlacotenco, municipio de Tepoztlán. Esta vez mi entusiasmo fue doble, primero porque iba a ser partícipe del hallazgo, por el hecho de ver con mis propios ojos una ofrenda colocada por nuestros antepasados y en el lugar dónde la depositaron, con la orientación que le dieron y todo lo que esto significa y segundo porque en mi primera experiencia en San Jerónimo (grutas de Cacahuamilpa), salí con la idea de volver a hacer el mismo recorrido o hacerlo en otra gruta y ahora se me presentaba la oportunidad. Para mí esta aventura, porque eso fué, reunió todos los condimentos necesarios para serlo: hubo suspenso por imaginar qué encontraríamos; momentos de tensión, audacia y drama, cuando al empezar a salir de la gruta por un tiro de aproximadamente 15 metros de altura, la angustia se apoderó de todos cuando empezaron a subir una por una, la señora Tere, la señora Anita y la señora Hortensia; y la admiración por la facilidad con que subió la compañera de Ramón (geólogo y guía).

Las únicas grutas que yo conocía son las de Cacahuamilpa (la que normalmente se conoce), la segunda fue en Cuetzala

que esperaríamos y ahí esperamos un buen rato, hasta que fueron llegando; mientras estuvimos aguardando nos mostró la parte tubular de un sahumerio roto y este fué prácticamente mi primer encuentro inolvidable con un hallazgo arqueológico y a manera de preámbulo para lo que más tarde verían mis ojos.

Hubo partes en que tuvimos que pasar al siguiente salón arastrándonos, en donde algunas bóvedas eran altas o a media altura, salones amplios, angostos, algunos a manera de pasadizos en algunas partes, entrada para otros túneles, lajas enormes o medianas como para mesa de centro y el goteo persistente en algunos tramos más que en otros y una serie de detalles que hacen de la práctica de la espeleología un viaje fantástico.

A las 2:00 de la tarde ll gamos a la primera ofrenda; primero pasaron los guías con las arqueólogas, aquí se pasa pecho a tierra o mejor dicho pecho a piedras que por cierto son demasiado ásperas, de las cuales nos protegíamos con guantes en las manos y cascos en la cabeza.

Este lugar para la primera ofrenda fue bien escogido por nuestros antepasados, porque al ir llegando pareciera que ahí termina la gruta y de alguna manera estuvieron resguardadas esta y el resto de las ofrendas.

a este lugar. Me imagino la combinación "deporte-cultura" y me parece fabuloso, porque harían el recorrido con todos los obstáculos y a manera de premio tendrían un encuentro con una parte de nuestra cultura, sobre todo por la magia y todo lo que encierra la gruta.

Crónica del rescate de las ofrendas.

..... 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, 0; Por fin llegó la hora de tantas veces pospuesto día del rescate de las ofrendas!

Desde el mes de julio en que entramos por primera vez con Ramón y su grupo (geólogos espeleólogos de la UNAM) hasta el momento en que entramos, Ramón le fue dando largas al asunto.

Estos meses de espera se impregnaron de tintes novelescos, a nosotros en Acapantzingo nos decían: ahora sí, este fin de semana vamos a ir a la cueva; y en el último día o a última hora nos avisaban que siempre ya no iríamos, que seguro sería para la próxima semana; y así nos pasamos aproximadamente dos meses y un mes más o menos con la esperanza de que los bomberos entrarían con nosotros a la gruta.

Para este momento, la pregunta que nos hacíamos todos era:

¿Encontraríamos las piezas?: en verdad fueron semanas de incertidumbre.

En el taller de restauración ya teníamos organizado el equipo para dicho rescate, con mucha anticipación. Para los sahumeros y los cajetes preparamos unos moldes de unícel vaciando la forma de las piezas donde entrarían las mismas. Aquí también al comprar las placas de unícel tuvimos dificultad porque el día que quisimos comprarlas, en Cuernavaca no había y tuvimos que ir a México por ellas.

Después de buscar la ayuda de los bomberos, a la Sra. Tere se le ocurrió ir a la Cruz Roja (cuerpo de rescate). Con ellos fue rápido; desde la primera entrevista hasta el día en que entramos a la cueva, pasó más o menos una semana.

Empezamos a caminar hacia arriba a las 10 A. M.: adelante íbamos Eleazar y yo con un grupo y atrás venía el profesor Inocencio, la señora Hortensia y el completo del grupo.

El primer grupo nos pasamos de largo de donde nos teníamos que desviar y el segundo grupo se desviaron pero más arriba del lugar indicado, tomando en cuenta que la primera vez hicimos de 20 a 30 minutos en llegar de San Juan a la entrada de la cueva y ahora fué de una hora el tiempo para llegar, nos perdimos media hora en que ninguno de los dos grupos nos dimos cuenta de que nos pasamos del lugar indicado para desviarnos.

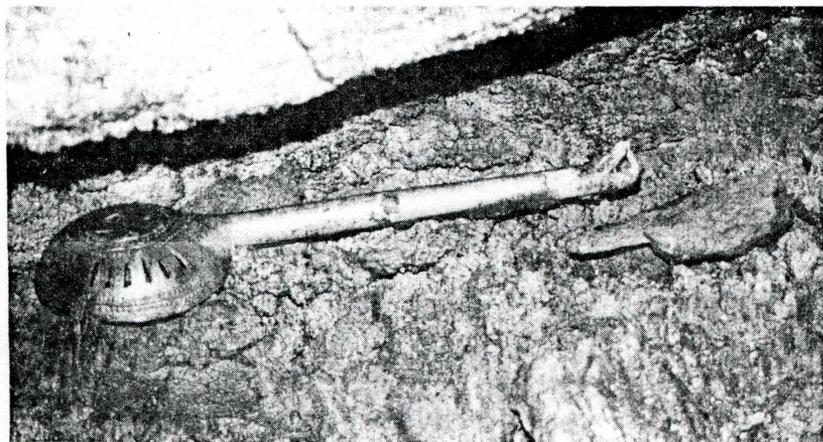
Al ver el equipo y las indicaciones que nos daban los socorristas, nos tranquilizamos, sobre todo los que por segunda vez entraríamos. Bajamos con la confianza que el equipo y los socorristas nos brindaban.

Nos fuimos encabezando el grupo Eleazar y yo. La grieta que es el primer paso difícil, está muy cerca de la entrada, más de lo que me imaginaba. Esta vez bajamos sin cuerda o escala como fue la primera vez; nos apoyaron muy bien los socorristas, bajamos apoyando la espalda en la pared, haciendo presión con las manos en el otro extremo y los pies dirigidos por los socorristas y al final un brinco para caer en una parte pareja y con tierra, poco frecuente a lo largo de la gruta.

El siguiente paso difícil fue el ahora ya bautizado con el nombre de "El tango", aunque ya no se nos hizo difícil. Al estar en este punto la duda de si encontraríamos las ofrendas o no se agudizó, aun más porque estábamos a unos metros del indicio consistente en una parte del sahumerio. En verdad sentí gran alegría al descubrir que estaba en su lugar y esto hacía abrigar la esperanza de que encontraríamos todo tal y como lo habíamos dejado.

Esto hizo que me relajara y ya con más confianza continuamos la marcha hacia adelante; llevábamos las instrucciones de que Jesús con un grupo recogería la primera ofrenda; aquí en este punto todos estábamos felices porque ya no había duda de que encontraríamos todo.

Y en este punto ocurrió algo extraordinario y digno de contar. Para cada ofrenda llevábamos un dibujo de la colocación de cada pieza y su numeración. Y al momento de empezar a mostrar las piezas y hacer las recomendaciones de que no fueran a pisarlas y estar acomodándonos en el lugar (que por cierto es el más reducido de las tres ofrendas), un elemento de la Cruz Roja descubrió a mano izquierda y a una altura de más o menos 1 metro, una vasija completa y lo primero que hicimos fué tratar de localizarla en el dibujo de la ofrenda; contamos,



del Progreso, Gro., y que no es conocida sino únicamente por algunas gentes del pueblo e invitados como yo, según recuerdo con mucho gusto partes muy bonitas y sucesos de ese paseo. La tercera y más interesante por toda la atracción que tiene es la de San Jerónimo.

La salida o marcha empezó a las 11 A.M., después de habernos colocado el equipo que llevábamos. Todo el camino fue cuesta arriba durante 20 o 30 minutos a paso más o menos rápido, encabezando el grupo de 19 personas Ramón y sus compañeros.

Cuando llegamos a la última ranchería nos dijo Ramón que se llamaba Chimalacatepec y que este nombre le habían dado a la gente; yo comenté que hace un año la descubrieron.

Faltando un poco para llegar hay un detalle que quiero relatar: estábamos por llegar a la entrada de la gruta, cuando nos topamos con un tecoral de piedras y después de cruzar los primeros, dijo Ian (hijo del profesor Norberto) que quitáramos una piedra grande que había en la parte de arriba del tecoral por dónde estábamos pasando, para que pudieran pasar las mujeres.

Y en ese momento le replicó Ramón que no, que si no pasaban o no podían pasar ese pequeño obstáculo, no iban a poder hacer todo el recorrido. Ahora que lo recuerdo, pienso cuanta razón tenía Ramón, ya que era ese un pequeño obstáculo o nada, comparado con todo lo que iban a recorrer y que al fin de cuentas recorrieron y para hacer honor a la verdad, es digno de admiración la valentía y el coraje que mostraron a lo largo de la ida y vuelta, sobre todo el ascenso por el tiro de 15 metros.

La señora Hortensia ya nos había dicho, cuando nos colocábamos el equipo, que únicamente nos acompañaría a la entrada de la gruta y que se regresaría; pero nos dio la gran sorpresa cuando nos alcanzó ya estando dentro de la gruta.

Yo fui el tercero en bajar y al hacerlo eran las 11:45 horas; empezamos a caminar hacia adentro a las 12 horas. Al llegar a un punto de unión de dos caminos, nos dijo uno de los guías

Después de tomar el filme, las fotografías y hacer los estudios que el descubrimiento requería, pasamos el resto del grupo; la sensación vivida en ese momento es indescribible. Hay que tomar en cuenta el lapso de 700 años; el estarlas viendo limpietas, brillantes a la luz de nuestras lámparas por tanta humedad que hay en el interior de la gruta, tal parece que hubiéramos retrocedido en el tiempo y llegáramos unos días después de que las depositaron nuestros antepasados y percibir parte de sus tradiciones y la magia del lugar.

Y es que ver piezas o joyas prehispánicas en un museo, en el taller de restauración o en la ceramoteca, es muy diferente comparado con lo que vivimos en esos momentos, tomando en cuenta que cada caso, llámese museo, taller, etc., tiene su entorno como es la cultura o de trabajo.

En este orden encontramos las piezas:

1. una parte de sahumerio roto.
2. la primera ofrenda con 3 sahumeros, 4 cajetes y varias cuentas de collar y algunas figuras pequeñas.
3. una pieza (cajete).
4. una pieza (cajete).
5. la segunda ofrenda de 3 sahumeros y 4 cajetes.
6. la tercera ofrenda de 2 sahumeros, 2 cajetes medianos y 8 cajetes grandes.

A las 3:00 P. M. llegamos a la última ofrenda y al igual que en las ofrendas anteriores, empezaron a hacer los estudios correspondientes. Aquí en este punto termina a la gruta; es un salón bastante amplio.

Lo que merecen Ramón y sus compañeros es un reconocimiento por haber descubierto y comunicar sus hallazgos a nuestras autoridades.

Es muy buena la idea de hacer un museo en San Juan Tlacotenco porque se encontró la gruta en su municipio, y esto traería turistas y visitantes nacionales, los cuales dejarían beneficio económico para la comunidad.

La comunidad de San Juan Tlacotenco y el mismo Tepoztlán saldrían beneficiados por el turismo y deportistas que llegarán

Cueva...

comparáramos el dibujo con las vasijas y por ningún lado aparecía. Así llegamos a la conclusión de que esta vasija no la habíamos visto la primera vez que entramos y que por lo tanto nos había tocado la dicha de encontrarla y todo esto nos llenó de alegría.

Los dejamos recogiendo las piezas y nos encaminamos a la segunda ofrenda, que le tocó recoger a Eleazar con otros compañeros.

Por último llegamos a la tercera ofrenda que me había tocado recoger, lo cual me emocionó bastante; traté de calcular todos los

movimiento y levantarlas como si fueran unas criaturas recién nacidas; este momento para mí fue inolvidable.

El apoyo de los compañeros del Instituto y de la Cruz Roja, fue fundamental.

Al regreso fuimos recogiendo las piezas sueltas, las cuales íbamos metiendo en la bolsa dónde las depositábamos junto con una nota con las letras del abecedario, de acuerdo al orden en que las íbamos recogiendo. Al recoger estas piezas, el espacio en las mochilas se nos estaba agotando y en un momento de estos, se acercó el profesor Inocencio y me dice: "aquí cabe en mi mochila".

Al regreso, unos tramos del recorrido lo hacíamos con la mochila a la espalda y otros en las manos porque teníamos que ir agachados o pasar las partes bajas arrastrándonos; el regreso fue por todo esto un poco tenso, porque sabíamos que teníamos que transportar nuestra preciosa carga con mucho cuidado.

Al llegar al paso del "tango" nos seguimos derecho (al llegar aquí había que subir un poco y regresar), afortunadamente pronto nos dimos cuenta porque los que iban adelante empezaron a gritar "por aquí no es!" y llegaron a un tope donde no se podía continuar.

La salida por el tiro, que la primera vez fue difícil y angustiada, ahora fue más fácil y rápida; en esos momentos todo era alegría y bromas entre los compañeros. Salimos antes del tiempo que tenían previsto nuestras autoridades. Al llegar nos llevaron alimentos y nos felicitaron porque todo había salido de maravilla. Llegaron con el Dr. Alejandro, esposo de la Sra. Tere, quien traía una camilla pensando que pudiera haber algún herido, pero para suerte de todos no fue necesario usarla.

Los compañeros que nos apoyaron para el rescate fueron: Salvador Velázquez, custodio de la zona arqueológica de Chalcatzingo; José Velázquez, custodio de la zona arqueológica de Xochicalco; Hilario Ramírez, jardiner del Jardín Botánico; Francisco Trujillo, Rodolfo Pacheco y Jesús García Garnica de la Ceramoteca; José Contreras de Museografía; José Nau, Eleazar Zúñiga y Enrique Hurtado del taller de Restauración y el profesor Inocencio Rodríguez de la comunidad de Tepoztlán.

Además participaron 6 elementos del cuerpo de rescate de Alta Montaña de la Cruz Roja que entraron a la cueva con nosotros y otros 4 que se quedaron de guardia en la entrada.



Reseña del rescate arqueológico en la cueva de Chimalcatepec, localidad de San Juan Tlacotenco, municipio de Tepoztlán

Ana María Pelz Marín

El sábado 3 de julio de 1993, después de previas entrevistas, se emprendió una expedición arqueológica con el fin de visitar una cueva descubierta por un grupo de espeleólogos de la UNAM, en el interior de la cual, según informaron a la dirección del Centro Regional Morelos, habían encontrado objetos arqueológicos.

En la reunión sostenida con la arqueóloga Hortensia de Vega Nova (directora del Centro Regional Morelos), le mencionaron que la cueva se encontraba en las inmediaciones del poblado de San Juan Tlacotenco del municipio de Tepoztlán; que era necesario dejar el vehículo en dicho poblado y ascender por un tiro de alrededor de 15 m, y después iniciar el recorrido del interior que era 1.5 km. de longitud; que entre el nivel de la boca de la gruta y el punto más profundo al que se llegaba había una diferencia de 200 m. y que tenían un total de tres tiros o entradas a lo largo de su extensión.

El grupo de espeleólogos de la UNAM estaba encabezado por el geólogo Ramón Espinosa Pereña, Ruth Diamant Aler, Juan Manuel Rodríguez Penagos, Humberto Tachiquín Benito y el pasante de arqueología Luis Viteez.

En el Centro Regional Morelos se decidió formar un grupo institucional para la visita, integrado por los restauradores Teresita Loera, Eleazar Zúñiga, Onésimo Núñez y Enrique Hurtado; el biólogo Fernando Sánchez; la arqueóloga Ana María Pelz y dos asistentes de arqueología, los hermanos Norberto e Ivan González Garza y por parte de la comunidad de Tepoztlán, Inocencio Rodríguez.

Ajenos al grupo institucional se integraron: el fotógrafo Jacques Rutter de la revista National Geographic; un músico concertista, Rafael Rodríguez Andersen; y un estudiante de la UAEM, Miguel Avila Romero, integrante de un grupo de biólogos que detecta murciélagos en cuevas a nivel estatal.

En el último momento, la arqueóloga Hortensia de Vega decidió incorporarse al grupo de exploración.

Los geólogos especificaron que era necesario llevar equipo adecuado como cascos de protección con lámpara de pilar adaptada, pues el interior de la cueva era totalmente oscuro; guantes de carmaza para proteger las manos; cinturón para fijar la pila; focos y pila de repuesto; botas y ropa abrigada. El equipo necesario para el ascenso y descenso era propiedad de los espeleólogos. Con el recorrido era largo, se sugirió que cada uno llevara un alimento ligero y agua para beber en el interior. Asimismo, se llevaría una mochila por persona.

En la fecha ya indicada se inició la expedición saliendo a las 8:00 horas de las oficinas del Centro Regional, rumbo a Tepoztlán donde se reunirían los diferentes grupos con el equipo de especialistas de la UNAM, Alrededor de las 10:30 horas se salió hacia San Juan Tlacotenco donde se dejaron los vehículos y se inició el ascenso a pie por el antiguo Camino Real que va hacia la capital del país. Fue un recorrido Zigzagante sobre una vereda de roca basáltica, entre el bosque de pinos y encinos; alrededor de 45 minutos después de iniciado el ascenso se llegó a la entrada de la cueva. La boca tenía una forma irregular, quizá de unos 20 m. de diámetro; en

sus orillas se localizaban algunos árboles. A medida que se descendía, la abertura se reducía y posteriormente volvía a ensancharse formando una especie de cámara.

El personal de antropología, salvo algunas excepciones no contaba con una preparación para este tipo de eventos, por lo que fue necesario que los espeleólogos dieran una breve explicación sobre cómo sería el descenso y las precauciones que era necesario tomar para evitar riesgos, tanto al descender como en el recorrido interior.

Utilizando como ancla uno de los gruesos troncos de árbol de la orilla de la boca de la cueva, el geólogo Ramón Espinosa ordenó el descenso a través de una escala metálica de aproximadamente 15 cm. de ancho, con ayuda de una cuerda que ataba a la cintura de la mayoría de los que descendían (como medida de seguridad: en caso de que se soltaran de la escala por la que iban bajando, quedarían suspendidos de la cuerda mencionada). Para la mayoría de los no entrenados en este tipo de técnicas fue muy difícil bajar los aproximadamente 15 o 20 m. puesto que nos encontrábamos de espaldas al tiro y sin poder ver donde colocar los pies y las manos; en los tramos en los que la escala quedaba pegada a la pared de la cueva, había momentos muy difíciles para poder ubicar manos o pies en el siguiente tramo de escala; lo mismo sucedió cuando la gruta volvió a ensancharse: la escala quedaba suelta y tampoco era fácil detectar el siguiente escalón.

Una vez que logró bajar todo el grupo (alrededor de las 12:30 horas) se inició el recorrido a través de 1.5 km. sobre un terreno conformado por roca volcánica sumamente cortante (sin los guantes no hubiera sido posible desplazarse), con desníves muy marcados; con tramos muy inestables y engañosos, con profundas fisuras, cuelllos de botella, desviaciones y contrasentidos, subidas y bajadas y con una iluminación mínima. Ahí comprendimos la necesidad de llevar las manos libres y la carga en la mochila a la espalda. Gracias al conocimiento del grupo de la UNAM fue posible realizar la expedición con éxito.

En total se encontraron tres ofrendas, localizadas en espacios diferentes cada una de ellas.

Ofrenda 1: colocada sobre el piso y encima de una especie de repisa, en un tramo angosto de la gruta. Integrada por la mayor variedad de objetos, ya que había piedra verde (cuentas, orejeras, figuras antropomorfas, un pectoral y hachuelas) y cerámica (3 sahumerios, cajetes y una figurilla zoomorfa).

Ofrenda 2: depositada en la última cámara de caverna; constituída también sólo por cerámica (2 sahumerios y 10 cajetes).

Cabe aclarar que llamamos sahumerios o incensarios a unos recipientes en forma de plato hondo con un largo mango para sostenerlo y que se usaron para quemar carbón y/o resinas en las ceremonias de nuestros antepasados. Los cajetes son recipientes semejantes a platos hondos y pudieron usarse para servir alimentos.

Todos los sahumerios tuvieron restos de carbón, pero al momento de la visita éste se encontraba fuera de los recipientes,

El biólogo Fernando Sánchez tomó una muestra para analizarla e identificarla en los laboratorios del INAH.

Se tomaron medidas, se fotografió y se dibujó cada una de las ofrendas.

Se recorrió la ofrenda de piedra verde (parte de la ofrenda 1) y permaneció "in situ" (en el lugar) el resto de las ofrendas de cerámica, entre otras razones porque no se llevaba el equipo necesario para recuperar las piezas sin riesgo para los objetos mismos.

Es necesario mencionar que en el interior de la cueva existen filtraciones de agua; esto hizo que los objetos que conformaban las ofrendas se encontraran muy húmedos y en consecuencia frágiles. En el espacio en que se localizó la ofrenda 1, además de las filtraciones de agua se sintieron también corrientes de aire.

El regreso se llevó a cabo de manera semejante al ingreso, salvo que algunas baterías se bajaron y fue necesario cambiarlas para poder iluminar el camino.

Poco antes de las 19:00 horas salió el último de los integrantes de la expedición, justo cuando la neblina había bajado un cerrado aguacero (de los que suelen caer en zonas boscosas).

El viejo Camino Real se convirtió en bajada turbulenta del agua de lluvia que empujaba a los que descendíamos más por intuición que por conocimiento del camino; nuestras visibilidades eran prácticamente nula, las lámparas ya casi no iluminaban, además de que la neblina y la cerrada lluvia tampoco lo permitía.

Empapados, tropezando y cayendo recorridos el camino de regreso a los vehículos. De ahí el grupo se separó: los espeleólogos regresaron a la ciudad de México; Inocencio a Tepoztlán y el resto a las oficinas del INAH en Cuernavaca, a donde llegamos casi a las 23:00 horas. La expedición con el fin de recuperar las restantes ofrendas; se prepararon los empaques necesarios para proteger las piezas de cerámica que habían quedado dentro de la cueva.

Se solicitó la colaboración del equipo de Rescate de Alta Montaña de la Cruz Roja y el sábado 9 de octubre de 1993 se llevó a cabo la segunda visita a la cueva de Chimalcatepec.

Los integrantes de esta expedición fueron, por parte del INAH Morelos, el equipo del Taller de Restauración integrado por Eleazar Zúñiga, José Nau Figueroa, Enrique Hurtado, Jesús García, Rodolfo Pacheco y Francisco Trujillo; personal de custodia: José Luis, Salvador Velázquez, Ilario Ramírez, José Contreras; por parte de la Cruz Roja fueron: Armando Martínez, Marco Antonio Olmos y Mauricio Tamez, además de los rescatistas.

En esta ocasión el descenso y ascenso se efectuó de otra manera, de acuerdo a las indicaciones del personal de rescate de la Cruz Roja. El entusiasmo y profesionalismo de los rescatistas, aunado a la juventud del grupo en su conjunto, permitió realizar el rescate de los materiales arqueológicos de una manera rápida y exitosa, en beneficio de las piezas.

De esta manera se cumplió una vez más con una de las funciones del INAH: proteger y conservar el Patrimonio Cultural de la Nación.

Rescate de 3 ofrendas prehispánicas de la cueva de Chimalacatepec situada en el pueblo de San Juan Tlacotenco del municipio de Tepoztlán

José Nau Figueroa C.

Cuándo me invitaron a participar en la expedición para el rescate de tres ofrendas prehispánicas del interior de la Cueva de Chimalacatepec, de inmediato pensé en los peligros que puede presentar una experiencia como ésta; así que de inmediato les pedí que me dejaran reflexionar sobre tal petición y después de una profunda meditación de aproximadamente 10 minutos, mi respuesta fué afirmativa. Ya me habían puesto en antecedentes de lo peligroso que resultaba el ingreso a dicha cueva desde la misma entrada hasta la última de sus galerías; se mencionó por ejemplo lo riesgoso que era el ingreso por un tiro vertical de aproximadamente 20 metros de altura con un leve declive al principio, para enseguida transformarse en una pared totalmente vertical y por último llegar a una parte en forma de campana de manera tal que uno quedaba totalmente suspendido en el aire; sin embargo y pese a las advertencias sobre los riesgos que presentaba el terreno interior de la cueva, accedí a participar. Para ello, primeramente nos dimos a la tarea de contactar con algún grupo que tuviera experiencia en la exploración de este tipo de terrenos, así como los conocimientos necesarios respecto al rescate y traslado de heridos en caso de que se presentara algún percance. Se trató primeramente con el H. cuerpo de bomberos, que por sus características de proporcionar servicio a la población, no les fué posible asignar a algunos de sus elementos para el desempeño de las tareas de rescate de las ofrendas; finalmente, se logró el contacto con el grupo de rescate de alta montaña de la Benemérita Cruz Roja, los cuales accedieron a participar conjuntamente con el grupo que se formó por parte de los trabajadores del I.N.A.H.

Así pues, luego de los preparativos necesarios como fueron: la adquisición y revisión del equipo necesario y adecuado; así como la preparación de embalajes para el empaque y traslado de las piezas de la manera más segura posible, se procedió a plantear una fecha para la realización de la expedición propiamente dicha y ésta fué el día 9 de octubre de 1993.

El ascenso, con una duración aproximada de 45 minutos desde el poblado de San Juan Tlacotenco hasta la entrada de la cueva, fué muy fatigoso para mí, ya que no presentaba la condición física necesaria a tal punto que mientras llegamos a la entrada de la cueva, fué pensando en la posibilidad de no bajar a la misma ya que me sentí muy cansado. Sin embargo, en el trayecto me fueron animando los demás compañeros ya que

se me había encomendado la tarea, de fotografiar el levantamiento de todas las ofrendas. Así que con el aliento de los compañeros me dispuse a ingresar a la cueva.

Al principio iba pensando en las recomendaciones que nos dieron de no separarnos del grupo, pisar firmemente antes de dar el siguiente paso ya que las rocas y lajas desprendidas del techo de la cueva estaban solamente superpuestas por lo que se movían con mucha facilidad; al mismo tiempo iba pensando en el tiempo que íbamos a tardar en el trayecto tanto en la ida como en el regreso ya que el grupo anterior había permanecido en el interior de la cueva alrededor de 10 horas desde el ingreso hasta el regreso a la entrada de la cueva.

A pesar de lo peligroso del terreno el grupo avanzaba rápidamente salvando los diferentes y peligrosos obstáculos que se nos presentaron, y de esta manera, llegamos a la primera de las ofrendas donde después del registro fotográfico de cada una de las piezas, nos trasladamos con otro grupo de compañeros hacia el final de la cueva para rescatar las otras dos restantes mientras algunos compañeros se quedaban levantando y embalando cuidadosamente las piezas de la ofrenda. 1.- Al llegar al final de la cueva - después de caminar aproximadamente por 2 horas -, encontramos la mayor parte de las piezas; las cuales etiquetadas y fotografiadas se procedió a su levantamiento y embalaje. Cabe destacar la ayuda que nos fueron proporcionando los compañeros del cuerpo de socorro tanto en la advertencia de algún peligro en algunos de los pozos, como en la recolección de algunas piezas.

Una vez que se recogieron y embalaron cuidadosamente cada una de las piezas, nos dispusimos a regresar para recoger otras piezas y fragmentos que habían quedado cerca de la entrada.

El regreso fué más fatigoso ya que íbamos cansados de caminar y el regreso tendría que ser más lento y cuidadoso por dos razones:

1a. debíamos proteger y trasladar con el mayor de los cuidados a todas y cada una de las piezas rescatadas y; 2a. el regreso sería de ascenso solamente.

Durante el camino de regreso nos fuimos dispersando ya que mientras algunos se quedaban recogiendo y embalando algunos fragmentos y piezas, otros con ciertas dificultades trasladábamos el equipo y herramienta que habíamos llevado con nosotros para resolver cualquier contingencia. Llegó el momento en que por un tiempo aproximado de 20 minu-

tos me quedé solo durante el trayecto de subida quedando las galerías completamente a oscuras sin que tuviera ninguna señal de otros compañeros ni delante ni detrás de mí; hubo un momento en el que sentí una inmensa soledad ya que al apagar la luz de mi lámpara para buscar alguna señal de luz o algún ruido, estos no aparecieron ni hacia arriba ni hacia abajo; aunque no me angustié por el hecho de sentirme solo y aislado de cualquier señal de vida sí sentí un gran vacío a mi alrededor, mi mayor preocupación en ese momento era no haber perdido el camino de regreso; sin embargo y conservando siempre la calma continué hacia adelante donde más tarde me alcanzaron algunos compañeros y posteriormente encontramos a otros, esto alivió un poco mi sentimiento de soledad.

Ya cerca de la salida tomamos un camino equivocado y entonces sí nos perdimos alrededor de 15

minutos en otra de las galerías, regresamos a donde habíamos visto la última señal para poder orientarnos y encontrar la ruta de regreso a la entrada, afortunadamente la localizamos rápidamente. Una vez que llegamos a la parte baja de la entrada y al encontramos nuevamente con la luz del día, sentí un gran alivio ya que al fin íbamos a poder tomar algún alimento y descansar un rato. Miré el cronómetro y con sorpresa nos dimos cuenta de que habíamos hecho un gran tiempo; ¡ 5 horas desde la bajada por la entrada hasta el regreso a la parte baja de la entrada! solamente faltaba el ascenso por la pared para llegar a la ladera del cerro.

Al llegar los compañeros que nos llevaban café caliente y algún bocadillo - aproximadamente 1 hora después de que habíamos salido-, se sorprendieron gratamente al encontrarnos a todos de regreso departiendo alegremente y con la disposición de

regresar al pueblo una vez que se recogió y empaqué todo el equipo.

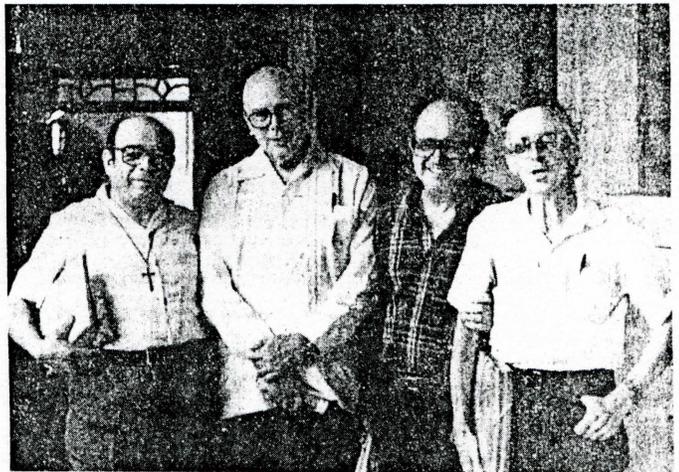
afortunadamente no tuvimos ningún lastimado se rió, solamente algunos compañeros con algunos golpes leves pero sin consecuencia alguna.

Ya de regreso, algunos compañeros que habían participado en la expedición anterior, venían comentando sobre la rapidez y buena disposición que todos los compañeros tuvieron para el buen desempeño de esta empresa y su feliz término. Otros, por el contrario, veníamos pensando en el trabajo que nos esperaba para la conservación y restauración de las diferentes piezas para que finalmente fueran expuestas a partir del 1o. de diciembre de 1993 en el Ex-Convento de Tepoztlán.

Si algún día me volvieron a invitar a participar en una expedición similar, haría otra profunda reflexión como la que mencioné al principio y mi respuesta sería la misma.

DESDE MI VENTANA

En el segundo aniversario de tu partida



(Foto: Carlos Facio)

"VIVIR EN AMÉRICA LATINA, INTENTAR ESTAR CERCA DE LA INHUMANA MISERIA (Medellín, Pobreza n.1), LA INMENSA Y ANTIEVANGÉLICA POBREZA (Puebla, 1159) DE ESTE PUEBLO, LLEVA A VIVIR EN MEDIO DE UNA CONELICTIVIDAD, QUE NO DESEAMOS, EN LA QUE NO ES POSIBLE -SERÍA INHUMANO- COMPLACERNOS; PERO QUE TAMPOCO PODEMOS NEGAR" (Christus Nos. 579 y 580; P. 15)